

N.º 56

25cts

EL CAPITÁN SIN MIEDO

por EDWARD CARLE



EIBLIOTECA EMOCIÓN

PUBLICACION SEMANAL

BIBLIOTECA EMOCION

A CAPTAIN'S COURAGE

1926

EL CAPITAN SIN MIEDO

Adaptación literaria de la película del mismo título.

interpretada por

Richard Holt

por

MANUEL NIETO GALAN

Exclusivas: PROCINE S. A. - Claris, 71 - Barcelona



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
PARÍS, 204. - BARCELONA

EL CAPITAN SIN MIEDO

PRIMERA PARTE

En 1856, cuando los Estados Unidos no era la nación organizada de hoy y en las llanuras del interior triunfaaban los indios, mientras en las costas campeaban por sus respectos los piratas, el Lago Michingan, era, en aquella época, refugio seguro para innumerables fugitivos de la Ley.

Una de esas noches estivales en las que no se movía un solo soplo de aire, envuelto en la "calma chicha", la pesadilla de los marineros de aquellos tiempos, el velero mercante "Josefina" dormía en la bahía, esperando en vano una ráfaga de viento que hincharse sus velas.

Estaba formada la tripulación, en su mayoría, por viejos "lobos de mar", curtidos

por el sol de los trópicos y por el cierzo de las regiones polares.

Sobre la cubierta del barco, unos cuantos marineros oían las narraciones que de aquellas tierras hacia el más viejo de ellos, el cual les iba diciendo:

—Hace siete años, en estas mismas aguas, yo luche contra una banda de piratas... ¡Y los vencí a todos!

—¿Quiere usted decir que por aquí existen piratas?—le preguntó uno de los más jóvenes.

—Lo que yo os digo a vosotros, muchachos, y no lo dudéis, es que los bosques de estas islas son hormigueros de piratas. Sin ir más lejos, la semana pasada unos pescadores de tiburones fueron asaltados por los demonios de estas islas...

En el puente del barco, el capitán Plum, patrón del navío, a quien todos unánimamente llamaban el "Capitán sin miedo", por su audacia y su afán de aventuras, hablaba con Casey, el segundo de a bordo, quien le decía:

—¡Tanto apresurarnos para salir del puerto, y ahora detenidos aquí, sin una brisa que nos permita movernos!

—¡Y lo que es peor todavía!—repuso el capitán—¡en un avispero de piratas y bandoleros!

Se fijó entonces en la charla que traía aba-



—Hace siete años, en estas mismas aguas, yo luché contra una banda de piratas.

jo el viejo marinero con toda la demás tripulación y le gritó, desde donde estaba:

—¡Más vale que te apresures a hacer la guardia, esta calma puede guardar alguna sorpresa desagradable para nosotros!

No eran exagerados los temores del capitán; como dos siglos atrás, sólo con leves diferencias de indumentaria, los piratas se disponían a tomar su presa.

Carlos Arbor, el jefe de la banda, había dado las órdenes precisas para el abordaje

y éste se hizo con todo el sigilo que permitía la noche.

Cuando los tripulantes del "Josefina" se dieron cuenta de la presencia de los piratas éstos ya estaban dentro del barco y la lucha fué desesperada por parte de los marineros, quienes quedaron completamente vencidos, mientras que Arbor y varios de sus hombres reducían al temido "Capitán sin miedo", encerrandolo en su camarote.

En el término de una hora el velero quedó completamente libre de lastre. Todo su cargamento fué transportado a tierra por los piratas y después de esta hazaña soltaron a algunos de los marineros, para que pudieran hacer lo propio con sus compañeros y hacerse a la mar.

—¡Son los hombres de Strang!— exclamó enfurecido Plum—. ¡Los conozco!... ¡Yo re cobraré lo que me han robado, aunque me cueste la vida! ¡A izar las velas, muchachos! ¡A ver si viene una racha de viento que nos permita dar caza a estos bergantes!

Y como un fantasma blanco, en las planteadas aguas del lago, se deslizó como un gigante que se despereza, el hermoso navío, balanceando sus velas flácidas, de un lado para otro.

SEGUNDA PARTE

Algunas noches después, en los bosques de la isla Beaber, punto de reunión de los piratas, habíanse unido la mayoría de estos y protestaban contra las órdenes de su jefe supremo, diciéndole a Arbor:

—¡Se empeñe quien se empeñe no traeremos aquí el botín cogido al velero la otra noche! ¡Strang es muy ansioso y querría para él la parte del león!

Tampoco estaba conforme Carlos Arbor con los procedimientos del jefe y sobre todo no podía permanecer tranquilo ante la idea de que Strang quisiera casarse con una linda joven de quien él estaba perdidamente enamorado. Para evitarlo, fomentó aquella especie de rebelión y contestó a sus compañeros de hazañas.

—Strang quiere que le llevemos la muchacha para casarse con ella esta misma noche, pero está equivocado. La paloma voló y si la encuentro, y quiere aceptarme, habrá boda esta noche, pero no será la de Strang ciertamente, sino la mía...

En aquel instante se presentó uno de los vigías de la costa y le dijo:

—¡El barco de Plum ha vuelto! ¡Hace unas horas que está barloventeando en la bahía!

—Nada bueno para nosotros augura esa visita—exclamó uno de los piratas. Pero una severa mirada de Arbor lo hizo callar a la vez que decía éste a los demás:

—Al contrario, esa visita lo único que pre-sagia es mucho bueno. Mientras Strang espera el momento de la boda, nosotros abordaremos el velero y nos haremos a la mar con el botín y la muchacha.

—No es mala idea—exclamaron al mismo tiempo algunos de los hombres—, pero debemos obrar sin pérdida de tiempo... Una tardanza podría sernos muy perjudicial. Busquemos a la muchacha, antes que sea demasiado tarde.

—No hay cuidado—repuso Arbor tranquilamente—. Sé que ha huído de la casa de Strang pero sé también adónde ha ido a parar.

La joven en cuestión, por quien tanto



Arbor y varios de sus hombres reducían a la impotencia al temido capitán.

empeño demostraba Carlos Arbor, era María Witney, una hija de los bosques norteños. No conoció a sus padres; desde muy niña se encontró con su hermano en poder de Strang, su tutor, y ahora ante el peligro de convertirse de pupila en esposa, había confiado a la fuga su salvación.

Mientras su barco barloventeaba, para des-pistar, el capitán Plum había saltado a tierra y caminando sin rumbo fijo, fué a dar con la casa de un tal Obadiah, a quien todos tenían

por un loco y qué por esta razón precisamente se libraba a estar sometido al yugo tirano de Strang.

Cuando vió entrar a Plum no demostró la menor sorpresa y le dijo:

—Le esperaba a usted, joven... sólo que no tan pronto.

—Me parece que me confunde usted con otro—repuso extrañado Plum—. Yo no le conozco a usted...

—No importa, joven... En esta tierra hasta los árboles tienen oídos. Yo lo sé todo. Usted viene aquí a averiguar cosas interesantes, como por ejemplo a buscar a Strang. ¿No es verdad, capitán Plum?

—¿Pero podré saber de qué me conoce usted?—volvió a preguntarle el marino.

—Me llamo “el loco” y los locos somos medio adivinos... Por eso sé a lo que viene usted... Pero estos asuntos, capitán Plum, deben hablarse reservadamente. Ahora vamos a nuestro negocio. Yo sé que tiene usted en su barco cien carabinas, mil libras de pólvora y algunas toneladas de balas... ¿Me lo vende usted todo por cinco mil dólares?

—Yo solamente tengo en mi barco doce de los mejores rifles de América... y un hombre para cada uno; un cañón en la sentina y cinco barriles de pólvora en la santabárbara. Además tengo una cuentecita pendiente con Strang, el “amo” de esta isla... Ya ve

usted que no soy el hombre que busca usted.

—Sabía todo eso, capitán—volvió a decir el loco—. Todo lo que le he dicho ha sido una pequeña astucia mía, para ver si acostumbraba usted a mentir. Ya veo que no.

—Hablemos francamente. ¿Qué es lo que quiere usted de mí?—preguntó impaciente el marino.

—Su ayuda. Yo le daré mil dólares si lleva usted a su barco un paquete sellado y lo entrega en los Estados Unidos, a un oficial del Gobierno, lo más pronto posible. El paquete contiene oro...

Iba a continuar hablando, cuando fué interrumpido por la entrada precipitada de María Witney, que venía a ocultarse en aquella casa, y al ver a un extraño, no pudo disimular su espanto, hasta que el viejo la tranquilizó diciéndole:

—No temas, muchacha, es el capitán Plum, enviado a nosotros por la mano bienhechora del Destino.

No había hecho más que ocultarse la joven, cuando apareció Arbor preguntando:

—¿La joven que huyó de casa de Strang, está aquí?

—Aquí no ha entrado ninguna joven—respondió el capitán Plum inmediatamente dispuesto a proteger a la muchacha con su propia vida.



Se abalanzó sobre él, dispuesto a suprimirlo de una vez.

—¡Diga la verdad, sin mentir, extranjero!—insistió Arbor, convencido de que María no podía haberse escondido en otro lugar que en la casa del “loco”.

—¡Pues bien!—repuso el capitán. —¡Aquí está la persona que usted busca, pero para llevársela tiene antes que matarme a mí, por que yo la defiendo!

El momento no era el más apropiado para sostener una lucha, cuyos resultados no podía predecir Arbor y ante la actitud del ex-

tranjero optó por desistir de su objeto y se marchó amenazándole.

—Nos veremos otra vez, ¡extranjero!

—¡Antes de lo que usted se piensa!—respondió traquillamente el capitán. Y cuando hubo desaparecido el pirata, le preguntó al “loco”.

—¿Quién es ese hombre, cuya cara me parece conocer?

—Es Arbor—contestó el anciano—, el jefe de los esbirros de Strang.

—Está bien; creo que no tardaré en hacerle pagar todas sus fechorías—amenazó el capitán y cambiando el curso de la conversación, siguió hablando del negocio que trataban cuando entró María y le dijo:

—Sigamos hablando de nuestro asunto...

—Está usted conforme en cumplir mi encargo, ¿verdad?—le dijo el “loco”.

Plum afirmó con la cabeza y el viejo continuó diciéndole:

—No sabe usted lo que se lo agradezco porque en ello va la salvación de la jovén.

—Yo cumpliré su encargo, pero con la condición de que esta misma noche usted tendrá que decirme quién es Strang, el hombre que busco.

—Conformes. Esta misma noche lo llevaré a donde él reside.

Le desesperación de Strang al notar la huída de María sólo puede comprenderse en

un hombre del temperamento del temido pirata. También él comprendía dónde podía estar la joven escondida, y sin perder tiempo reunió a su gente y se fué en busca de la que hasta entonces había sido su pupila, para obligarla aunque fuese por la fuerza, a que exceptara a ser su mujer.

No necesitó de grandes esfuerzos para llegar a ella, toda vez que la resistencia que podía oponerle el "loco" era demasiado pequeña para poder impedir el logro de sus deseos, y, mucho más, cuando éste comprendió que de oponerse lo único que conseguiría sería agravar la situación de María.

Cuando nuevamente la tuvo en su poder la sujetó violentamente por una muñeca, como queriéndole demostrar su superioridad y le dijo:

—Con Strang ne se puede jugar, María... Aunque no quieras tienes que ser mi mujer.

—¡Nunca!—gritó la joven—. Prefiero antes morir que sufrir semejante martirio.

—Eso ya lo veremos, cuando estes otra vez en mi casa—le dijo el jefe de los piratas conduciéndola de nuevo al lugar de donde había huído.



—¡Los que estén dispuestos a jugarse la vida, que den un paso al frente.

TERCERA PARTE

Francisco Strang, el "Rey" de la isla, había visto crecer a su lado a María, la había visto convertirse en mujer, y un amor impenitente como un torrente se había desbordado dentro de su alma.

—¿Por qué huiste de mi casa?—le preguntó cuando de nuevo estuvieron en ella.

—Porque conocía sus proyectos y no quería prestarme a ellos—repuso la joven desafiándolo con el gesto.

—Pues es inútil, porque ya he anunciado a todo el mundo nuestra boda y tendrá que realizarse, por encima de tu negativa.

—Su palabra es ley en esta isla, lo sé, señor Strang, pero con toda su fuerza, no puede obligar a mi corazón a que le quiera.

—Piensa bien lo que debes hacer y antes que te decidas por una cosa u otra voy a darte una noticia que tal vez te interesará. No se si sabrás que tu hermano, por haberse rebelado contra mi para defenderte, está condenado a combatir con el gigante.

Este era el único amor leal que María tenía en su vida. El cariño de su hermana era para ella lo que más apreciaba en el mundo y al enterarse de los propósitos de aquel miserable un grito de angustia se escapó de su pecho y exclamó suplicando:

—¡Eso no... usted no puede hacer eso, Strang!... ¡Roberto es muy joven, no tiene fuerza y ese bárbaro lo matará.

—Es nuestro Código, bien lo sabes... El que se rebela debe sufrir su pena... Piénsalo bien... En tus manos tienes la vida de Roberto.

—Te dejamos sola para que lo pienses me-

jor—terminó diciendo aquel miserable, mientras sonreía interiormente seguro de su triunfo.

Y para que la joven estuviera segura de que cumpliría su amenaza ordenó a uno de sus hombres:

—Trae a Roberto y al gigante.

Y la pobre María con el alma transida de dolor vió cómo empezaban los preparativos para someter a su pobre hermano a aquella tortura.

La noche iba envolviendo en sus sombras todo el valle, cuando el capitán Plum, le dijo al “loco”, que hacía esfuerzos sobrehumanos para calmar la impaciencia del impetuoso marino:

—Yo no espero más. Voy a entendérmelas ahora mismo con el hombre que hizo robar mi cargamento.

Y seguido del viejo se presentó en la residencia de Strang, quien al ver a un extranjero cerró rápidamente la habitación donde estaba María encerrada, con su hermano, el gigante y varios hombres y le dijo al marino, saludándolo:

—Sed bienvenido a esta isla, extranjero. ¿En qué puedo serviros?

—Yo soy el capitán Plum, patrón del velero “Josefina”. Hace una semana que mi barco fué asaltado y saqueado por los habi-



Plum recogió lo que quedó del suelo, comprendió que toda resistencia era inútil.

tantes de esta isla. Quiero que se me devuelva y se castigue a los malhechores.

Strang impaciente porque aquella visita retardaba el desenlace de su boda le contestó indiferentemente:

—Tenemos aquí en casa demasiados asuntos que atender para ocuparnos de denuncias basadas únicamente en suposiciones... ¿Qué pruebas tiene usted de que eran habitantes de esta isla?

—He reconocido esta noche a uno de los piratas—contestó el capitán.

—Si usted lo cree así está facultado para recorrer esta noche toda la isla y si encontrase una prueba cierta yo no vacilaría en indemnizarle los perjuicios que se le hayan ocasionado.

En aquel instante un grito de mujer dejó en suspenso al capitán, que preguntó:

—¿Quién grita de esa forma en demanda de auxilio?

—Es un delincuente que no quiere confesar su crimen—repuso algo nervioso el jefe de los piratas.

Plum comprendió inmediatamente que sería una víctima más de la crueldad de aquel miserable y sin pensar en el riesgo que corría entró rápidamente en la habitación antes que se lo pudiera impedir Strang, que al darse cuenta entró tras él, para impedir que interviniese en aquel asunto, por temor de que se supiera en los Estados Unidos su forma de gobierno y le costase un serio disgusto, pero el ver, que Plum forcejeaba con el gigante para impedir que siguiera pegando al pobre Roberto se abalanzó sobre él dispuesto a su primarlo de una vez.

De un tremendo puñetazo se deshizo de su nuevo agresor y saltando por la única ventana que había en el cuarto ganó el campo llevándose con él a Roberto y a su hermana.

—Seguidlos, deben ir hacia la costa—ordenó Strang a su gente, al ver que el marino se llevaba a la muchacha.

Y empezó una enconada persecución de la que Plum no podía esperar nada bueno si no se realizaba un verdadero milagro. Pero hombre avezado a todos los peligros no retrocedió ante el que se le presentaba e hizo cara a los hombres mandados por Strang, que pronto comprendieron que capturar a aquél extranjero no era cosa tan fácil como parecía a primera vista.

CUARTA PARTE

Arbor al volver adonde estaban sus hombres, les refirió lo que había sucedido diciéndoles:

—La pequeña me ha desdoblado y además he visto en la casa del “loco” a un extranjero que estoy seguro que es Plum, el capitán del barco que asaltamos la otra noche.

—Indudablemente las ideas de ese hombre no pueden ser nada de pacíficas, debemos prevenir a Strang lo antes posible—exclamó uno de los que seguían a Arbor en sus correrías.

—Tienes razón, muchacho—contestó el jefe—ahora mismo vamos para donde está él, para evitarle una sorpresa desagradable.

Y este fué el motivo por el que los hombres



Tenían encañonados a los hombres de Strang.

de Arbor se encontraran con los de Strang, cuando éstos querían apoderarse del marino.

Inmediatamente se unieron a ellos y Arbor fué el que más se distinguía en la lucha puesto que ahora no solamente peleaba por auxiliar a su jefe, como era su obligación sino porque temía que el capitán se llevase consigo a la mujer que había salvado y de quien él estaba pérdidamente enamorado.

No obstante la superioridad de la gente de

Strang, Plum no les dejaba ganar un palmo de terreno, pero experto en la materia de lo que era una lucha en estas condiciones comprendió que lo más prudente era enviar un emisario a su barco para que la tripulación viniese a prestarle ayuda.

Para ello le entregó su anillo al viejo a quien todos denominaban por loco y le dijo:

—Ve a mi barco y dile a mi gente que venga en seguida que me encuentro en gran peligro.

—¿Usted cree que diciéndole yo esto vendrá? —le preguntó el “loco”.

—Indudablemente. Preséntele usted mi sortija y ya verá cómo no dudan en seguirle —contestó el capitán.

Sin esperar un instante se dirigió el viejo con toda la ligereza que le permitían sus escasas fuerzas hacia el lugar donde le había dicho el capitán, que estaba anclado el velero, mientras que aquél y Roberto no dejaban de hacer fuego contra el enemigo que se les venía encima, sin poderlo sostener.

En el velero, la tripulación esperaba con impaciencia la vuelta de su capitán y en vista de su tardanza todos empezaron a sospechar que algo debía haberle ocurrido. Conocían su arrojo y temeridad, que le hacían hacer frente a todos los peligros por grandes

que fuesen y más de uno propuso que se saliera en su busca para prestarle auxilio, por si acaso lo necesitaba.

—Hemos aguardado bastante — propuso uno de los más vehementes—. El capitán corre sin duda peligro... Yo creo que debemos ir a auxiliarle, compañeros.

—¡Los que estén dispuestos a jugarse la vida que den un paso al frente y que me sigan!—exclamó el segundo de a bordo.

Como si todos fueran un solo hombre se adelantó la tripulación por completo, demostrando con aquella acción hasta qué punto estimaban a su capitán.

—No esperaba yo menos de vosotros—exclamó conmovido el segundo—. Y puesto que todos deseáis salir en su busca y el barco no puede quedarse sin gente, propongo que se sortee los que han de ir.

Se hizo el sorteo y una vez designados los hombres que habían de permanecer a bordo, los otros recogieron los rifles y bien pertrechados de municiones se dispusieron saltar a tierra.

Pero en este mismo instante apareció el “loco” y todos le rodearon sospechando que la presencia de aquél hombre estaba ligada con la ausencia del capitán.



Strang fué quien causó la muerte de la mujer que amaba Obadiah.

—¿A qué viene usted aquí?—le preguntó el segundo de a bordo.

—A cumplir una orden del capitán Plum— repuso el viejo.

—¿Dónde está el capitán?—volvió a preguntarle.

—Su situación es difícilísima y me envía para que vayan ustedes inmediatamente a prestarle auxilio.

—No será usted uno de sus enemigos y pretenderá despistarnos, porque si así lo hace le advierto que pagará con su vida el engaño.

—Pueden ustedes ver este anillo que me ha dado el capitán, y se convencerá de que lo que les digo es, desgraciadamente cierto.

Al ver en el dedo del anciano la sortija del capitán Plum, no dudo un instante de la veracidad de sus palabras y seguido de su gente saltaron inmediatamente a tierra para salvar a su capitán.

Este entre tanto seguía haciendo frente a sus enemigos, pero una bala de estos hirió a Roberto, y Plum recogiéndolo del suelo, comprendió que toda resistencia era inútil en aquellas circunstancias.

Lo condujo a una cueva de la playa que había cerca del lugar donde peleaba y después volvió para recoger a María, antes que cayera en manos de aquellos miserables. La joven veía conmovida la abnegación del joven capitán y cuando éste volvió por ella, le dijo:

—Déjeme, capitán. Procure salvarse usted que todavía tiene tiempo. Su barco está cerca y solo, pronto llegará usted a él.

—Imposible María. Sería indigno de mí



—¡Muchachos, aquí tenéis a la esposa de vuestro capitán!

esa acción y además, aunque le extrañe, hay otra razón poderosa que me lo impide.

—¿Cuál? —le preguntó la joven, sin sospechar lo que en aquel momento pasaba por el corazón del valiente marino.

—El que la amo a usted, María. Desde el primer momento que la vi sentí que mi corazón despertaba a un sentimiento completamente desconocido para mí, y desde ese ins-

tante no pensé en otra cosa que en auxiliarla, con la esperanza de que algún día mereciera la dicha de poder alcanzar su amor.

La joven no contestó, también ella sentía por aquél hombre un sentimiento completamente desconocido y reclinando la cabeza sobre su hombro le dijo con una dulce mirada toda la admiración que su proceder le inspiraba.

Un ruido infernal de tiros los sacó de aquella embelesadora situación y corrieron hacia el lugar de donde aquellos partían, a la vez que exclamaba el capitán:

—¡Esos son mis hombres!

En efecto, al poco rato pudieron distinguir a la tripulación que tenían encañonados a los hombres de Strang, mientras que éste tumulado en el suelo había pagado con su vida todas sus culpas.

Algo apartado del lugar de la lucha aparecía también herido Arbor y hacía señas al capitán para que se acercase.

Hizo éste lo que le pedía el herido y con voz que iba apagándose, el otro le hizo su confesión, diciéndole:

—Quiero confesarlo todo... Strang fué el

que causó la muerte de la mujer que amaba Obadiah. María y Roberto son los hijos del "loco".

Estas fueron sus últimas palabras.

María y su padre que habían oido la conversación del moribundo permanecieron juntos abrazados, como queriendo resacirse en aquel segundo todo a una vida falta del cariño filial.

Advirtió de pronto María que Plum se hallaba cerca de ellos y se acercó a él amorosamente ofreciéndosele como justa recompensa a su valor y el capitán estrechándola fuertemente entre sus brazos reunió a su gente y presentándosela, les dijo:

—Muchachos, aquí tenéis a la esposa de vuestro capitán a quien quiero que apreciéis con el mismo cariño que hasta ahora me habéis demostrado.

Tres ¡hurras! estentóreos resonaron en el espacio y ésta fué la leal contestación que aquellos bravos daban a su capitán como haciéndole ver que por ella sabrían también exponer sus vidas como lo habían hecho siempre por él.

FIN

Poesía Postal

por
DIEGO DE MARCILLA



Versos
para es-
cribir toda
clase de
postales



Precio: 1,25 pesetas

Biblioteca Encanto

TOMOS PUBLICADOS:

- 1 YO SOY COMO LA MANZANA
por CLOVIS EIMERIC
- 2 AMOR QUE NO MUERE
Traducción por RICARDO PRIETO
- 3 ¿DÓNDE HALLAR UN NOVIO?
por CLOVIS EIMERIC
- 4 LA VENGANZA DEL AMOR
por ANTONIO GUARDIOLA
- 5 EL HERÓICO DON JUAN
por CLOVIS EIMERIC
- 6 CORAZÓN DORMIDO
por RICARDO PRIETO
- 7 ZAPATO QUE YO ME QUITO...
por CLOVIS EIMERIC
- 8 AGUA MANSA
por RICARDO PRIETO
- 9 LA NOVIA DEL ASESINO
por CLOVIS EIMERIC
- 10 CORAZONES ÚNIDOS
por P. DRO NIM

PRECIO: 60 CÉNTIMOS

ORATORIA EN VERSO

PARA BANQUETES
BODAS Y BAUTIZOS

DEDICATORIAS, ENHORABUENAS
BRINDIS, INVITACIONES, ETC., ETC.

por

DIEGO DE MARCILLA



PRECIO DE CADA TOMO
UNA PESETA

500

El amor en verso

POESÍAS PARA POSTALES

PARA ELLAS, PARA ELLOS
Y PARA TODOS

Discreteos, declaraciones,
confirmaciones, esperanzas,
realidades, pesadumbres,
alegrías, rencores y celos
Felicitaciones de Santo,
cumpleaños y año nuevo

por

Diego de Marcilla

Es un elegante tomo de noventa y seis
páginas en rico papel

Cubiertas artísticas en tricolor

PRECIO: UNA PESETA